

Recuerdo consciente

Pedro Mateos

Había pedido, desde primera hora de la mañana, que me permitieran quedar sentado en el sillón, frente a la ventana, con el fin de mitigar el tedio de la espera.

Mis ojos no dejaban de observar con sutileza el exterior. Llovía, llovía como nunca lo ha hecho. La techumbre y los patios de los edificios adyacentes –mojados y desconocidos hasta entonces– que veía desde allí, inundaron mi alma de congoja. Aunque por el simple hecho de ponerme a contemplar la lluvia me suelen venir esos golpes de abatimiento.

A ambos lados de la calle se había formado un reguero oscuro, sucio, empeñado en arrastrar las hojas secas y otras menudencias, que corrían, buscando en los desagües su destino. Me fijé en el caminante solitario, un hombre de rostro oculto que osaba desafiar a la naturaleza adversa, andaba, al parecer, sin ninguna protección.

De pronto, el viento y el agua arreciaron, y aquel individuo se precipitó a buscar refugio bajo unos árboles. Mal refugio es ese, pensé enseguida.

Absorto en el viajero, y en el brusco sacudir de las ramas con la ira de un dios enfurecido, me asaltó un presentimiento, como si el corazón rebotara doble en mi pecho. Un fuerte resplandor iluminó los cielos y, antes de que la tierra se quebrara en espantoso rugir, el hombre cayó al suelo fulminado por un tremendo fagonazo.

Me faltó la respiración hasta para gritar, mis ojos se empañaron de lágrimas, pero de mi garganta no logró salir vocablo alguno. Mudo, con el rostro desencajado por la imagen, y ante la inmovilidad del sujeto, me encontraba impotente para hacer nada. No fui capaz de levantarme, en contra de mis deseos, y sentí que la angustia se apoderaba de mí.

La lluvia implacable seguía cayendo sobre la espalda del hombre, que boca abajo, en la acera de cemento, estaba quieto. Me quedé aterido por la visión de aquellas ropas empapadas, sintiendo la humedad en mi propio cuerpo. La sirena de una ambulancia me inspiró algún sosiego, supuse que alguien había dado el aviso. La espera se hizo larga... muy larga. Pero, ¡no! ¡Cómo llegar a creer lo que estaba sucediendo! La ambulancia pasó de largo, sin prestarle auxilio, su sonido se perdía ya, lejano... difuso, nadie lo vio allí tendido.

Los toques suaves en la puerta me apartaron, un instante, de esta pesadilla. ¿Es que alguien llamaba? Volví con dificultad la cabeza, todo lo que me permitieron los vendajes que cubrían mi cuello. Casi no podía levantarme. Una joven enfermera, la misma de otras veces, entró directa hasta el fondo de la habitación.

–¿Cómo se encuentra hoy nuestro paciente? Supongo que no nos soltará alguna de sus bromitas chispeantes, –dijo la mujer sonriendo. Y, como si quisiera infundirme confianza, al ver en mi cara una expresión de ansiedad–. ¡No, no! Quédese tranquilo, el doctor vendrá a visitarle en unos minutos. Esas quemaduras sanarán pronto, muy pronto, no lo dude que está usted en buenas manos. Y vaya suerte.

Todavía impaciente por la dramática escena del exterior, y sin terminar de comprender las palabras de la mujer, llevé de nuevo la vista hacia la ventana, lo poco que podía girarme. Mis ojos buscaban al hombre a través de la recia lluvia. Aquel cuerpo sin rostro, en medio de la calle. En unos segundos se había esfumado misteriosamente, como si sólo hubiera sido un sueño, un holograma, un recuerdo.

–Después de haberle caído un rayo de ese modo, ya puede usted decir que le acompaña la suerte, –siguió diciendo la joven–. Y frente al hospital, nada menos. Sólo hace cuatro días.